

Descripción histórica y pintoresca del Templo de San Pablo de Burgos ⁽¹⁾

I.

¡Qué impresión de profunda melancolía inspiran las ruinas de un antiguo y suntuoso edificio! ¡Cómo embarga el ánimo la solemne majestad de los arcos derruidos, las bóvedas agujereadas, las columnas rotas y los capiteles de alabastro hundidos en la arena y medio ocultos por la maleza, que crece, y crece,, y se enseñorea de estos lugares solitarios!

Siempre que el hombre abandona un palacio, un castillo o un templo, la naturaleza con su magia irresistible se encarga de embellecer aquellos dismantelados muros, haciendo brotar de las cornisas talladas como el encaje, de los fustes de las columnas, de la unión de los sillares y de los basamentos destrozados, miles de plantas amigas de la soledad, como la madreselva y el rosal silvestre, el jaramago y la malva real.

Entonces el atractivo de su belleza propia se aumenta doblemente. Los muros, dorados por el trascurso del tiempo, tostados por los ardores del sol, o ennegrecidos por las lluvias, presentan variados matices de artístico efecto, esmaltándose el tono caliente de las ruinas con el verde oscuro y sombrío de la tupida yedra, o con el color pálido de las campanillas azules que el viento mece dulcemente sobre la enjuta de un arco.

1 El trabajo que comenzamos hoy a publicar, debido a la pluma del inolvidable Vicepresidente de nuestra comisión D. Isidro Gil y Gabilondo, fué premiado en los Juegos Florales celebrados en Burgos en 1879 e impreso el propio año, por el Excmo. Ayuntamiento, en unión de otras composiciones también premiadas; pero puede casi considerarse inédito pues escasean mucho los ejemplares del folleto en que se incluyó y son seguramente pocos quienes conozcan la obra de nuestro antiguo compañero.

Creemos pues que se leerá con interés esta monografía acerca del famoso Convento de San Pablo, del cual tan poco se ha publicado; y hemos decidido reimprimirla en nuestro BOLETÍN. N. de la R.

Cada una de aquellas piedras lleva escrita una leyenda para el alma soñadora del poeta, y de cada ángulo oscuro de las misteriosas ruinas cree ver surgir el espíritu de las cien generaciones que dejaron impresa allí su huella.

Esta manera de sentir, propia y exclusiva del que ama el arte y sus esplendores, aumenta visiblemente si los restos que se contemplan pertenecen a un templo gótico, levantado por aquellas muchedumbres penitentes que crearon al alborear el siglo XIII, ese maravilloso estilo ojival, genuina expresión del sentimiento cristiano, que parece una plegaria al Altísimo, esculpida en mármol, por el genio potente de una raza de artistas místicos.

Ellos adoraban a Dios con vivísima fe, y al erigirle un templo, inspirábanse en la naturaleza, su grandiosa obra, con todos sus arrebatadores atractivos, sus indefinibles encantos, sus sublimes bellezas.

De este modo, remedaban las alamedas de Palestina, la tierra santa, en la larga serie de columnas delgadas y esbeltas reunidas graciosamente en haz, y desde cuyos ricos capiteles partían las aristas de las agudas ojivas a unirse en la clave de la bóveda, simulando claramente un bosque de palmeras.

Los variados detalles decorativos del arte ojival revelan igualmente ese culto por la naturaleza.

Reproducíanla con amor, en las guirnaldas de acanto, en los tréboles y las hojas de cardo desenvueltas, y en las mil figuras de sierpes, reptiles y trasgos que adornaban los bajo-relieves, los capiteles calados de las columnas, los trepados de las ojivas, o los doseletes afiligranados, que envuelven en suave penumbra las inspiradas cabezas de ángeles y santos; figuras delicadas, revestidas con ropajes de pliegues finos y unidos, de cabellos rizados profusamente, de largo rostro, cuya expresión ideal y mística no conoce precedente en la historia de la escultura.

Todos estos encantos del arte imitativo mézclanse en las ruinas con los encantos mismos de la naturaleza, viéndose unidos armoniosamente el cardo de hoja puntiaguda, tallado en el granito, con la planta original que sirvió de modelo al artífice de la edad media, y las guirnaldas de trébol, esculpidas en el mármol, con los penachos de enredadera que cuelgan hilo a hilo de las altas y oscuras bóvedas, quebrando en vivos resplandores el rayo de sol que dora los agrietados muros.

Unese a tanta belleza ese maravilloso tono asienado, barniz de los siglos, que es el mayor encanto de las antiguas construcciones,

y que forma poético contraste y fascinador efecto con los batientes de azulada sombra que lanzan los fuertes muros, los haces de columnas y los basamentos acodillados.

Tales ideas exaltaban mi fantasía cierta mañana de primavera del año de 1865, visitando la antigua iglesia de S. Pablo, de Burgos, que, por decreto novísimo del Gobierno, se comenzaba a derribar.

Y en verdad que todo contribuía a la meditación.

Un cielo purísimo, esmaltado a trechos de blancas y transparentes gasas, servía de fondo a la nave colosal del templo, inundada de luz por un espléndido sol que iluminaba directamente el embaldosado suelo, penetrando por el alto crucero roto, abierto recientemente con la piqueta demoledora.

Del inmediato jardín público, cuyas alamedas corren a lo largo de los sagrados muros, llegaban hasta mí esos delicados perfumes que la brisa sabe arrebatarse al capullo de las flores, a la oculta violeta y a la fragante rosa que crece entre los espinos, columpiándose graciosamente como orgullosa de su hermosura.

La suntuosa Iglesia en que me hallaba, se extendía ante mi vista mostrándome por todas partes los tesoros de su belleza, como una protesta muda de la reciente sentencia que la condenaba a ser destruida.

La demolición avanzaba rápidamente. Ya había desaparecido la mayor parte de la bóveda de la principal nave, y muchos de los caprichosos capiteles rodeados de hojas de trébol y parra que decoraban las columnas, rodaban por el suelo hechos pedazos.

Los obreros de aquel infernal trabajo me miraban con extrañeza mientras yo tomaba algunos apuntes sentado sobre un sillar labrado con esmero, donde el arte y el orgullo de linaje unidos, habían trazado con habilidad suma un blasón heráldico que besaba el polvo humildemente después de haber orlado la clave de la altísima bóveda durante seis centurias.

Grupos de columnas reunidas al rededor de un robusto pilar, sostenían los arranques de la bóveda, cuyas aristas recién cortadas y reunidas en haz en su base, indicaban el movimiento del arco que poco antes cruzaba el espacio, formando el signo de la redención sobre la cabeza de los fieles.

Los arcos y las columnas cortaban el edificio en líneas elegantes, modelándose todo el conjunto en la vertical que mira al cielo y desdeñando las líneas horizontales como expresión del arte pagano.

Al frente extendíanse las tres naves principales, largas y es-

trechas, más ancha y espaciosa la del centro, pero altísimas todas, cerradas por un arco de corercta y aguda cimbra que reunía los caracteres distintivos del primer estilo gótico.

En el fondo de la iglesia se distinguía un arco de sostén, cairelado y esbelto, apoyándose en fuerte machón cuajado de menudos dibujos y prolijas labores, propias todas de aquel período que señala el paso del estilo ojival terciario al pleno gusto greco-romano, y cuyo nombre gráfico de «plateresco» lo debió sin duda a las primeras obras de este género esculpidas en plata.

Por encima de todas estas maravillas, y como esos fondos murales que preferían los pintores venecianos discípulos del Veronés, se alzaba la mole gigantesca de una gran espadaña que servía de fachada al templo, y cuyos altos pináculos remataban graciosamente sobre el color trasparente de blanquísimas nubes.

Muchas mañanas de aquel año repetí mi visita a las ruinas de San Pablo, siguiendo siempre con indecible tristeza los progresos de la demolición, a la manera que el hijo cariñoso lee en las facciones demacradas de su padre los estragos que produce lentamente una oculta y mortal dolencia.

Entonces estudié aquel admirable monumento en todos sus detalles, piedra por piedra, y escribí en las páginas de mi album cuanto sabía y recordaba de tan insigne fábrica, no sin que mi trabajo se viese mil veces interrumpido por el estruendo de los grandes sillares que volcaban los trabajadores desde la bóveda, y cuyo ruido sordo despertaba en mi alma dolor profundo.

¿Qué idea guiaba mi mano al trazar aquellos apuntes? No sabré explicarlo; pero arrastrado por el sentimiento del arte, al cual rindo apasionado culto, me complacía en rehacer mentalmente lo que otros se afanaban en destruir para siempre.

Cubierto del polvo de los siglos terminé mi trabajo, y por una excesiva inmodestia propia de mi carácter, escribí sobre la primera página el siguiente epígrafe:

«Descripción histórica y pintoresca de la Iglesia de San Pablo de Burgos».

He aquí su texto:

II.

La historia de la Iglesia y convento de San Pablo se remonta al año 1213, es decir, al siglo XIII, época de los grandes acontecimientos de los grandes hombres, y edad de oro de la arquitectura cristiana.

Acababa de ser proclamado Rey de Castilla Don Fernando III el Santo, cuyo ardiente entusiasmo por la Patria había de conducirle de victoria en victoria, hasta las puertas de Córdoba y Sevilla, y cuya piedad y espíritu religioso le reservaban la gloria de unir su venerable nombre a la fundación de nuestra maravillosa catedral.

Un día se presentó en las gradas de su trono un hombre de aspecto humilde, dotado por Dios con el don de lenguas y la fuerza arrebatadora de una elocuencia sublime, que demandaba del Monarca casteellano su protección y amparo para fundar un templo e instituir una nueva orden monástica que había merecido la aprobación del Pontífice.

Aquel hombre, sobre cuya frente brillaba la aureola celeste de los santos, y que había dado la vuelta a Europa predicando la penitencia y la reforma de las costumbres, era Santo Domingo de Guzmán, que pretendía construir en Burgos el primer templo de la nueva orden de predicadores bajo la advocación de San Pablo.

Las márgenes del río Arlanzón, entonces solitarias y abandonadas, fueron el lugar elegido para la construcción del monumento, y los nuevos monjes se instalaron transitoriamente en la primitiva iglesia de San Cosme y San Damián, desde 1218, hasta 1265 en que ya el adelanto de las obras del Convento de San Pablo les permitió ocupar el edificio levantado para este objeto.

Favorecida la fundación desde un principio por el santo Rey, logró después la protección de sus sucesores como D. Alonso el Sabio, D. Sancho el Bravo, D. Fernando IV y la reina D.^a María de Molina, su madre; D. Juan I, que concedió a los monjes el privilegio de extraer cuanta piedra se necesitase de cinco leguas al contorno, Don Juan II que confirmó después estas prerogativas, aumentándolas en beneficio del Convento, así como D. Enrique IV, D. Felipe II y D. Felipe III.

No sería fácil fijar con exactitud el año preciso de la fundación del Convento y templo que nos ocupan, mas puede asegurarse que en 1222, un año después de la muerte del Patriarca Santo Domingo, ya estaba constituida la comunidad. En el mismo año vino de Toledo el R. P. Suero, compañero del fundador, a girar una visita al moderno monasterio en su calidad de primer Provincial de la Orden en España, y en 1237 se celebraba un famoso capítulo, presidido por el Santo Fr. Gil, Provincial de la Orden, acordándose entre otras notables disposiciones la creación del convento de San Pedro de Córdoba.

Su abolengo era ilustre: creado por el fundador de la Orden de

Predicadores, mantuvo en reñidas controversias los timbres de su veneranda antigüedad, sosteniendo litigios con el Real Convento de San Pedro mártir, de Toledo, que le disputaba el privilegio de ser el primer convento instituido por el Santo Patriarca.

Curiosas son, en verdad, estas largas discusiones de ambos monasterios, juzgadas muy variadamente por los Definidores de la Orden en muchos capítulos provinciales.

Por los años de 1545 se declaró solemnemente la primacía en favor del Convento de Burgos, fallo que fué confirmado en 1559 por el capítulo de Segovia, concediéndole el tercer lugar en el Coro Derecho. Pero como estas contiendas debían seguir iguales vicisitudes que las ciudades mismas que las originaban, fluctuó siempre el favor de una en otra, sosteniendo idéntica competencia que por los privilegios y fueros de sus procuradores para usar de voz y voto en las Cortes del Reino.

A pesar de esta lucha y de las decisiones contradictorias recaídas en el asunto, es indudable que el derecho estaba de parte de Burgos, como lo acredita una Bula del Papa Gregorio IX, expedida en 1227, primero de su Pontificado, sobre que los Prelados Eclesiásticos no impidan a los Frailes Predicadores oír las confesiones de los monjes, ni predicar en sus casas ni en los demás templos, etc.; bula que fué dirigida al Prior del Convento de San Pablo de Burgos por ser, entre los de su Orden, el más antiguo de toda España.

Del mismo modo, algunos años más tarde, el Decreto de canonización de Santo Domingo, expedido solemnemente en 13 de Julio de 1234, le recibió también el Prior de este Convento.

Es, pues, indudable, que el Monasterio se fundó de 1218 a 1220, es decir, que fué comenzado en los primeros albores del siglo XIII, en el momento preciso en que el nuevo arte acababa de constituirse, rompiendo con las tradiciones añejas de la arquitectura.

Los siglos XIII, XIV, XV y XVI se encargaron después de elevar este notable monumento, arrojando sobre él, como las flores escogidas de un hermoso jardín, todos los primores del arte decorativo.

Formado bajo el influjo de las ideas contradictorias que dominaron el arte en épocas tan diversas, no ofrecía este templo esa armonía que se advierte en la Cartuja de Miraflores, obra admirable que embelesa y cautiva el ánimo por sus acertadas proporciones, su adecuado estilo, la relación precisa del todo con sus detalles acabados, el carácter y sello de propiedad que la distingue y que impresiona y seduce como los sonoros acordes de una melodía dulcísima.

Pero a falta de esa unidad que distingue a los monumentos

comenzados y terminados dentro de una época dada y cuya belleza pudiera compararse a la obra inspirada de un solo autor, el Convento de San Pablo ofrecía a la vista por sus mismas alteraciones y contrasentidos, ese gran interés, esa viva curiosidad que allí donde el artista deja de sentir, hace investigar al arqueólogo.

La iglesia, ya lo hemos dicho en la primera parte de este escrito, era alta, estrecha y oscura, bañada apenas de una media luz que penetraba a través de las airosas ojivas, dándole un aspecto sombrío muy en armonía con el recuerdo de las catacumbas que los artistas de la edad media se proponían evocar siempre al construir las naves. Su extraordinaria longitud constituía una de sus principales bellezas, contribuyendo su mayor atractivo la altura de las bóvedas, la sucesiva hilera de los arcos góticos y el atrevido ábside perdido allá en el fondo y envuelto en misteriosa penumbra.

Nada más propio que el nombre de *nave* empleado desde muy antiguo para designar estas magníficas capillas, parte principal de los templos, porque «la Iglesia Cristiana es verdaderamente un buque del que Jesús es el piloto invisible, San Pedro su representante, los Ministros los oficiales, y los fieles los felices pasajeros. Combata por los vientos de la impiedad jamás queda sumergida ni se estrella, y es necesario estar en su seno para atravesar el mar del mundo, arrostrar las tempestades de la vida y salvar incólume el oleaje de las pasiones». (Catecismo de la Perseverancia, de Gaume).

Los sepulcros, esa segunda religión de los pueblos y las familias, abundaban en San Pablo como en todos los templos góticos.

Bajo las gradas del Presbiterio, que era extenso y capaz, se hallaban varios muy notables como el del infante Fernando Manuel, nieto de San Fernando, según rezaba su epitafio, que copiado literalmente decía de esta manera:

«Aquí yace el muy esclarecido Infante D. Manuel Fernando, hijo »primogénito del Rey D. Alonso el sabio: casó con Doña Blanca, »hija del Rey San Luis de Francia; tuvieron dos hijos, a D. Alonso »y a D. Fernando, murió en vida del padre, año de 1275».

Muy inmediatos a éste, tres grandes losas guardaban los restos de sus hijos D. Fernando y D. Alonso y de su nieto D. Juan Muñoz de Lara, señor de Lara y Vizcaya.

Todos estos enterramientos fueron renovados en 1629, siendo Prior del Convento el P. M. F. Gabriel González, bajo aquella influencia de mal gusto que ya empezaba a sentirse y que había de producir en breve lamentables extravíos y desdichadas restauraciones.

El célebre Obispo D. Pablo de Santa María hizo escritura de con-

venio con la comunidad del Convento en 1394, obligándose a concluir las obras de la iglesia si quedaba reservada por su enterramiento y el de su familia toda la nave central.

Al lado del Evangelio veíase su memoria sepulcral con esta leyenda:

«Hic requiescit corpus Reverendi Patris Domini Pauli, miseratione divina Episcopi Burgensis, Magistri in Theologia, Archicancellarii et Consiliarii Serenissime Domini nostri Regis Joannis hujus nomini secundi: Qui venerandus Pontifex cum Sacristia, et capitulo, suis sumptibus edificavit, Additiones ad Postillam Magistri Nicolai de Lira et librum qui dicitur Scrutinium Scripturarum ad fidelium eruditionem, et ad infidelium impugnationem composuit. Et post haec multa alia pia opera, liberatus de corpore mortis hujus, profectus est ad Omnipotentem Deum senex, et plenus dierum 29 Augusti anno Domini 1435. Etatis vero suae 83 Clementia divina illum in gloria sua collocare dignetur. Amen».

Este famoso prelado, natural de Burgos, que había sido judío de profesión, casado y padre de muchos y esclarecidos hijos, legó al Convento, después de su conversión, grandes sumas, acabó de construir mucha parte de la iglesia y fué uno de sus más entusiastas protectores.

Cerca de su enterramiento, una sencilla lápida recordaba el sepulcro de la que en vida fué su legítima mujer. Su epitafio decía:

«Aquí yace la señora D.^a Juana, madre de los señores D. Gonzalo, Obispo de Sigüenza, y de D. Alonso de Cartagena, Obispo de Burgos, y de los honrados caballeros D. Pedro de Cartagena y el Doctor Albañar Sánchez: falleció año de 1425».

Al extremo opuesto y al lado de la Epístola estaba sepultada la madre de D. Pablo de Santa María, cuya inscripción mortuoria decía así:

«Aquí yace la Señora Doña María, madre del Obispo D. Pablo, Obispo de Burgos, de Alvar García de Santa María, Cronista del Rey que yace en el Monasterio de San Juan: falleció el año de 1146. Está debajo de ella una hija suya que floreció año de 1423».

Encima del anterior sepulcro, otro epitafio anunciaba hallarse sepultado don Gonzalo de Santa María, hijo de D. Pablo, que fué Obispo de Sigüenza y Consejero del Rey Don Juan II. He aquí el texto de su lápida mortuoria.

«Hic quiescit corpus Reverendis Patri Domini Gundisalvi, Episcopi Seguntini, Decretorum Doctoris, Auditoris, et Consiliarii Serenissimi Principis Domini nostris Johannis hujus nominis Secundi Re-

»gis Castellae et Legionis. »Hic venerandus Pontifex fuit filius ex
»legitimo matrimonio natus Reverendi Pontificis Domini Pauli, cu-
»yus corpus in altero pariete tumulatum estetit: et pos multa pia
»opera liberatus de corpore mortis huius prefectus est od omnipoten-
»tem Deum, 17 mensis Decembris .anni 1448 aetatis vero suae 49.
»Clemencia Divina illum in gloria sua collocare dignetur. Amen».

Muy cerca de estas tumbas estaban las de D. Pedro de Cartagena, Regidor de la Ciudad, Doña María y Doña Mencía de Rojas, su primera y segunda consorte, así como un hiijo de éste llamado D. Lope de Rojas, canónigo de Burgos, y otras muchas en fin, petenecientes todas a la familia de D. Pablo de Santa María, que debió su ruidosa conversión, ocurrida en 1390, a la lectura de las Epístolas de San Pablo y a las obras de Santo Tomás.

En el centro de esta gran nave, convertida en panteón como galerías de las catacumbas, hallábase otra memoria mortuoriá de Doña Leonor de Castilla, nieta de D. Alfonso X el Sabio, hija del Maestre D. Fadrique y mujer de D. Diego de Sarmiento, Conde de Salinas.

ISIDRO GIL.

(Continuará).